

escriba sus memorias. Hasta entonces cierra su puerta, y á la puerta deja á los curiosos que se empeñan en llamar. Está en su derecho. Por ser ilustre no se convierte un hombre en propiedad del público, no está condenado á las confidencias; continúa perteneciéndose; puede reservarse de sí propio lo que estime conveniente reservarse. Si entrega sus obras á los lectores, no les entrega su vida. Contentémenos con lo que Dickens nos ha dado. Cuarenta volúmenes bastan y sobran para conocer bien á un hombre; por otra parte, nos revelan todo lo que importa saber de él. Ese hombre no pertenece á la historia por los accidentes de su vida, sino por su talento, y su talento está en sus libros. El genio se parece á un reloj; tiene su estructura, y un muelle, un gran resorte, entre sus piezas. Buscad ese resorte; haced ver cómo comunica el movimiento á las otras piezas, y seguid ese movimiento, de unas en otras, hasta la manecilla á que conduce. Esa historia interior del genio no depende de la historia exterior del hombre, y bien puede trocarse por ella.

§ 1.º—EL ESCRITOR

La primera pregunta que debemos hacernos sobre un artista es ésta: ¿cómo ve los objetos? ¿Con qué limpidez, con qué nervio, con qué fuerza? La respuesta define de antemano toda su obra; porque á cada línea imagina, y conserva hasta el fin el sesgo que en un principio tomó. La respuesta define de antemano todo su talento; porque la imaginación es la facultad cardinal de un novelista; de ella dependen el arte de componer, el buen gusto, el sentido de la verdad; añadid un grado á su vehemencia, y esa adición trastorna su

estilo, altera los caracteres que produce, rompe los moldes en que se vacía. Considerad la de Dickens, y descubriréis la causa de sus defectos y de sus méritos, de su poder y de sus excesos.

I

Hay en él un pintor, y un pintor inglés. Yo creo que jamás hubo espíritu que se representase con mayor exactitud de pormenores y con mayor energía todas las partes y todos los colores de un cuadro. Leed la siguiente descripción de una borrasca; las imágenes parecen obtenidas por el daguerreotipo á la luz deslumbradora de los relámpagos: «Los ojos, tan rápidos como las explosiones de luz, divisaban á cada relámpago una multitud de objetos que en pleno medio día no hubiesen podido ver en un espacio de tiempo cincuenta veces mayor: campanas en sus campanarios, con la cuerda y la rueda que las movían; nidos destrozados en las cornisas y en los rincones; semblantes aturdidos en los carros entoldados que pasaban, con el ganado espantado, y moviendo un estruendo que ahogaba el estampido del trueno; arados y rastrillos abandonados en los campos; leguas y más leguas de un país dividido en setos, con su lejana franja de árboles tan visible como el espantajo que en el contiguo habar se erguía; en un instante de trémulo y vívido resplandor, todo aparecía claro y distinto; después la luz amarilla se teñía de rojo, pasaba

al azul y brillaba por último con tal fulgor que no se veía más que luz; y luego la más densa y profunda oscuridad (1).»

Una imaginación tan lúcida y vigorosa debe animar sin esfuerzo los objetos inanimados; provoca en el espíritu donde actúa, emociones extraordinarias, y el autor derrama en las cosas que se figura algo de la pasión que se desborda de su seno. Para él, las piedras adquieren voz; los muros blancos se alargan á modo de fantasmas enormes, los pozos oscuros abren la boca horrible y misteriosamente en medio de las tinieblas; en el campo fantástico se arremolinan legiones de extraños seres; la naturaleza vacía se puebla; la materia inerte se agita. Pero las imágenes permanecen claras; en esa locura no hay vaguedad ni desorden; los objetos imaginarios se dibujan con contornos tan precisos y pormenores tan numerosos como los objetos reales: el ensueño iguala á la verdad.

Hay, entre otras, una caprichosa y enérgica descripción del viento de la noche, que recuerda ciertas páginas de *Nuestra Señora de París*. El manantial de esa descripción, como de todas las de Dickens, es la imaginación pura. El no describe, como Walter Scott, para ofrecer un mapa geográfico á los lectores y para hacer la topografía de su drama. No describe, como lord Byron, por amor á la naturaleza magnífica y para exhibir una espléndida serie de cuadros grandiosos. No se preocupa de conseguir la exactitud ni de escoger lo bello. Impresionado por un espectáculo cualquiera, se exalta, y prorrumpe en figuras imprevisas. Ya son las hojas amarillentas que, perseguidas por el viento, huyen espantadas y temblorosas, y se

(1) *Martin Chuzzlewit*, t. II, pág. 245. Ed. Tauchnitz.

atropellan en deshecha carrera, pegándose á los surcos, ahogándose en los fosos, encaramándose á los árboles (1). Aquí es el viento de la noche que gira en torno de una iglesia; que con su mano invisible tantea gimiendo puertas y ventanas; que se mete por las rendijas, y que, encerrado en su cárcel de piedra, aulla y clama por salir. «Después de rondar por las naves, de dar vueltas á los pilares y de probar el órgano sonoro, vuela, choca en el techo, intenta arrancar las vigas, y en fin cae desesperado sobre el atrio, y se abisma murmurando bajo las bóvedas. A veces vuelve furtivamente, y se arrastra á lo largo de los muros. Parece leer cuchicheando los epitafios de los muertos. Sobre algunos pasa con un ruido estridente como una carcajada; sobre otros grita y gime como si llorase (2).»—Hasta aquí no veis más que la imaginación sombría de un hombre del Norte. Un poco más lejos notáis la religión apasionada de un protestante revolucionario, cuando os habla de los fúnebres sonidos que profiere el viento, deteniéndose en el altar, de los acentos salvajes con que parece cantar los atentados que el hombre comete y los falsos dioses que el hombre adora. Pero al cabo de un instante el artista recobra la palabra: os lleva al campanario, y el tropel de palabras que acumula os produce la impresión de la tormenta aérea. El viento silba y trisca por los arcos, por las cornisas y por las campanas de la torre; se retuerce y enrosca por la escalera conmovida; zarandeja la veleta que rechina. Todo lo ha visto Dic-

(1) *Martin Chuzzlewit*, t. I, pág. 10.

(2) *La Voz del campanario*, pág. 5. (Con este título se ha traducido á nuestra lengua el «Cuento de Navidad» á que alude Taine. El título original es *Chimes*, á que corresponde exactamente el de la versión francesa: *Les Carillons*.—(N. DEL T.)

kens en el vetusto campanario: su pensamiento es un espejo, que no hace gracia del más minucioso ni del más feo de los pormenores. Ha contado los barrotes comidos de herrumbre; las planchas de plomo rugosas y abarquilladas, que crujen y se levantan atónitas al sentir el pie que las pisotea; los nidos desmoronados y amontonados entre las carcomidas vigas; las capas de polvo gris; las arañas pintadas, indolentes y bien lucidas á favor de una larga seguridad, que, colgadas de un hilo, se columpian perezosamente á impulso de las vibraciones de las campanas, y que, á la menor alarma repentina, trepan á modo de marineros por sus jarcias, ó se deslizan al suelo y se confían con presteza á sus ágiles patas como si fuesen á salvar una vida. Esa pintura alucina. Suspendidos á esas alturas entre las nubes que pasean sus sombras por la ciudad y las luces amortiguadas que apenas se distinguen en medio del vapor, experimentamos una especie de vértigo, y no estamos lejos de descubrir, como Dickens, un pensamiento y un alma en la metálica voz de las campanas que habitan aquel trémulo castillo.

Hace una novela sobre ellas, y no es la única de esa especie. Dickens es un poeta: se halla tan bien en el mundo imaginario como en el real. Aquí las campanas hablan con el pobre mozo de la esquina, un viejo á quien consuelan. Allí el grillo del hogar canta todas las alegrías domésticas, y evoca en la memoria del amo afligido las venturosas veladas, las pláticas íntimas, el bienestar, la tranquila alegría de que gozó y que ya no posee. En otra parte nos refiere la historia de un niño enfermo y precoz, que se siente morir, y que, durmiéndose en brazos de su hermana, oye la lejana canción de las olas murmurantes que le arru-

llaron. Los objetos adquieren para Dickens el color de los pensamientos de sus personajes. Su imaginación es tan viva, que todo lo arrastra consigo por la vía que toma. Si el personaje es feliz, es preciso que las piedras y las flores y las nubes lo sean también; si está triste, es necesario que lllore con él la naturaleza. Hasta las fermentadas casas de las calles, todo habla. El estilo corre al través de un enjambre de visiones, se desborda hasta llegar á las más extrañas rarezas. He aquí una muchacha, guapa y honrada, que atraviesa el patio de las fuentes y el barrio de los legistas, para ir en busca de su hermano. ¿Hay cosa más sencilla y hasta más vulgar? Dickens se exalta, no obstante. Para festejarla, convoca á los pájaros, á los árboles, á las casas, á la fuente, á los escritorios, á los legajos de la curia y á otras muchas cosas más. Es una locura, y es casi un hechizo.

«Si había bastante vida en la pobre vegetación del patio de la fuente para que los ahumados arbustos pudiesen reconocer á la mujercita más noble y pura del mundo, cuestión es que incumbe á los jardineros y á los doctos en los amores de las plantas. Pero lo que no ofrece duda es que era una suerte para el patio eso de verse favorecido por una figurita tan delicada, y que parecía pasar como una sonrisa por las viejas y ennegrecidas casas y por las gastadas losas, dejándolas después más tristes, más sombrías, más austeras que antes. La fuente del Temple hubiera debido elevarse veinte pies para saludar esa fuente de esperanza y juventud que se deslizaba radiante por los secos y polvorientos canales de la ley; los parleros gorriones, criados en las grietas y en los agujeros del Temple, hubieran debido callarse para oír imaginarias alondras, en el momento de pasar aquella fresca criaturita;

las sombrías ramas, que no se encorvaban nunca sino á causa de su raquitismo, hubieran debido inclinarse amorosamente para derramar su bendición sobre la gentil cabeza; las antiguas cartas de amor encerradas en los vecinos escritorios dentro de cajas de hierro, y olvidadas entre los montones de papeles de familia donde se habian extraviado, hubieran debido temblar y agitarse al recuerdo fugitivo de sus añejas ternuras, cuando la joven se acercaba con paso leve. En fin, por amor á Ruth debiera haber sucedido algo, que no sucedió ni sucederá nunca (1).»

Todo eso es violento, ¿verdad? Vuestro gusto francés, siempre mesurado, se subleva contra esos accesos de afectación, contra ese desasosiego enfermizo. Y, sin embargo, esa afectación es natural. Dickens no busca las rarezas; le salen al paso. Esa imaginación excesiva es como una cuerda demasiado tirante: produce de suyo, y sin choque violento, sonidos que en ninguna otra parte se oyen.

Se va á ver cómo adquiere vuelo. Suponed una tienda—cualquiera, y de no muchos atractivos: un establecimiento de instrumentos de marina.—Dickens ve los barómetros, los cronómetros, los compases, los anteojos, las brújulas, los mapamundi, las bocinas y todo lo demás. Ve tantas cosas que se agolpan en su cerebro, y lo llenan y obstruyen; las ve tan claras; hay tantas ideas geográficas y náuticas dentro de las vitrinas, suspendidas del techo, colgadas á las paredes, y por tantos lados y con tal abundancia se desbordan sobre él, que pierde el juicio. La tienda se transfigura. «Parecía transformarse por contagio en una especie de buque que no esperaba más que un

(1) *Martin Chuzzlewit*, t. II, pág. 289.

viento favorable para hacerse á la mar y navegar tranquilamente en busca de alguna isla desierta (1).»

La diferencia entre un loco y un hombre de genio no es muy grande. Napoleón, que sabia á qué atenerse, se lo decía á Esquirol. La misma facultad nos lleva á la gloria ó nos precipita en una celda. La imaginación visionaria es quien forja los fantasmas del demente y quien crea los personajes del artista; así, las clasificaciones que sirven para el uno pueden servir para el otro. La imaginación de Dickens se parece á la de los monomaniacos. Engolfarse en una idea, abstraerse en ella, no ver ninguna cosa más, repetirla bajo cien formas, abultarla y llevarla, así agrandada, á los ojos del espectador, de modo que le deslumbre y le abrume y se le imprima tan tenaz y penetrantemente que no pueda ya arrancarla de su recuerdo: he ahí los rasgos generales de esa imaginación y de ese estilo. En esto, *David Copperfield* es una obra maestra. Jamás hubo objetos que quedaran más visibles y presentes en la memoria del lector que los que él describe. La casa vieja, la sala, la cocina, el barco de Peggotty, y sobre todo el patio de la escuela, son cuadros cuyo relieve, energía y precisión nada iguala. Dickens tiene la pasión y la paciencia de los pintores de su país: cuenta uno á uno los pormenores; nota los colores diferentes de los añosos troncos de árboles; ve el tonel rajado, las losas verduzcas y rotas, las grietas de los muros húmedos; distingue los singulares olores que de allí salen; observa el tamaño de las manchas de musgo; lee los nombres de colegiales escritos en la puerta, y se detiene en la forma de las letras. Y esa minuciosa descripción no tiene nada

(1) *Dombey é hijo*, t. I, pág. 41.

de fría; si es tan circunstanciada, es porque la contemplación era intensa: revela su pasión en su exactitud. Sentíamos esa pasión sin darnos cuenta de ello; la descubrimos de pronto al fin de la página; las temeridades del estilo la hacen visible, y la violencia de la frase atestigua la violencia de la impresión. Metáforas exageradas suscitan ante el espíritu desvarios estrambóticos. Se siente uno asediado de visiones extravagantes. Mr. Mell coge la flauta, y sopla—dice Copperfield—«hasta el punto de que yo acababa por creer que introduciría todo su ser por el agujero de arriba para hacerle salir por las llaves de abajo». Tomás Pinch, desengañado, descubre que su maestro Pecksniff es un bribón hipócrita. «Se había acostumbrado durante tanto tiempo á mojar en su te el Pecksniff de su imaginación, á oírle en su pan, á saborearle con su cerveza, que tuvo un almuerzo bastante pobre al día siguiente de su expulsión.» Piensa uno en los caprichos de Hoffmann; se apodera de nosotros una idea fija, y se nos va la cabeza. Esas excentricidades son el estilo de la enfermedad más que de la salud.

Por eso Dickens es admirable en la pintura de las alucinaciones. Se ve que experimenta las de sus personajes, que está obsediado por sus ideas, que se penetra de su locura. En su calidad de inglés y de moralista, ha descrito una porción de veces el remordimiento. Quizá se diga que hace de él un espantajo, y que un artista no debe transformarse en auxiliar del polizonte y del predicador. A pesar de eso, el retrato de Jonás Chuzzlewit es tan terrible, que se le puede perdonar ser útil. Jonás, saliendo á escondidas de su cuarto, mata á traición á su enemigo, y se promete respirar en paz en adelante; pero el recuerdo del asesinato desorganiza su espíritu insensiblemente. No es

ya dueño de sus ideas; le arrastran con el ímpetu de un caballo espantado. Piensa á todas horas, y estremeeciéndose, en el cuarto donde le creen dormido. Ve aquel cuarto; cuenta sus baldosas; se representa los largos pliegues de las oscuras cortinas, los hoyos de la cama que ha deshecho, la puerta á que pueden llamar. Cuanto más pugna por eludir aquella visión, más se abisma en ella: es una sima abrasada por donde rueda gritando y revolviéndose con sudores de angustia. Se figura acostado en aquella cama, como debería estar, y al cabo de un instante parece verse allí. Tiene miedo de ese otro él. La ilusión es tan viva, que duda si no se encuentra realmente en Londres. «Así viene á ser su propio espectro y su propio fantasma.» Y ese ser imaginario duplica, como un espejo, ante su conciencia, la imagen del asesinato y del castigo. Torna á la casa, y se desliza, palideciendo, hasta la puerta de su aposento. El, el hombre de negocios, calculador, máquina brutal de razonamientos positivos, desvaría como una mujer nerviosa. Se adelanta de puntillas, como si temiese despertar al hombre imaginario que supone acostado en la cama. En el momento de dar vuelta á la llave, le sobrecoge un terror monstruoso: ¡si fuese á surgir delante de él el hombre asesinado! Entra, por fin, y se sepulta en la cama, abrasado de fiebre. Se tapa los ojos con las sábanas para no ver el cuarto maldito, y le ve mejor aún. El roce de la colcha, el zumbido de un insecto, los latidos de su corazón, todo le grita: ¡Asesino! Clavado su espíritu en la puerta con una frenética atención, acaba por creer que la abren; la oye rechinar. Pervertidas sus sensaciones, no se atreve á desdeñarlas ni á prestarlas crédito. En medio de aquella pesadilla, que ahoga su razón sin dejar sobrenadar más que un caos de formas